

*CUATRO POETAS CHILENOS: GONZALO ROJAS,
FLORIDOR PÉREZ, OMAR LARA Y JAIME QUEZADA,*
DE MARÍA NIEVES ALONSO, MARIO RODRÍGUEZ Y GILBERTO TRIVIÑOS
Santiago de Chile, Ediciones LAR, 1992.

MARCELA RUBILAR LAGOS
Universidad de Concepción

Este libro es el resultado del Proyecto “Poesía en Concepción (1965-1988)”, aprobado y financiado por FONDECYT. Incluye siete trabajos distintos que son la versión definitiva de algunos publicados con anterioridad en revistas y libros especializados.

Los dos primeros estudios fueron redactados en conjunto por los autores. El primero, “Cierta oscura poesía de provincias” (11-30), se refiere a la promoción poética emergente de la década del '60 vinculada a Concepción. En primer lugar, se entregan antecedentes sobre las generaciones poéticas anteriores (1938 y 1950) y sus figuras para luego caracterizar la poesía de esta promoción: pluralidad de voces, ánimo no confrontacional, instalación en la cotidianeidad, etc. Los autores mencionan el “desajuste visible entre la naturaleza triunfalista del discurso ideológico de la izquierda en los años '60 y el agonismo del decir poético instalado cada vez más en la problemática realidad” (26) e indican que este problema se resuelve a través de la “figura del lector” que acerca el poema a la historia. El segundo artículo, “En la soledad de las noches” (31-45), presenta una visión panorámica de los poetas y su poesía en Chile durante el período 1973-1989. Características esenciales de esta poesía son, entre otras, la reflexividad poética, presencia de un sujeto lírico violentado, asociación entre episodios bíblicos y el contexto político nacional, resemantización de signos (la noche, la palabra ‘Chile’). Esta poesía, destinada inicialmente a la desaparición, si se considera el conflictivo contexto sociopolítico, se mantiene y surge –dicen los autores– “para traernos la utopía, la esperanza, tejida y vuelta a tejer por el discurso de la imaginación” (44).

En el tercer estudio, “Poesía en Concepción (1973-1988)” (47-90), Triviños se refiere a la enorme y diversa producción poética penquista durante los años de la dictadura, e incluye numerosas menciones a autores, revistas y poemas, calificados anticipadamente en el epígrafe como “una tormenta inesperada” (49). A pesar de que el punto de partida es “la destrucción” (49), éste es un período de “florecimiento cultural” (53) que pretende dar continuidad a la poesía chilena, minimizando las diferencias entre tantas voces heterogéneas.

Después de mencionar el aporte de las principales revistas literarias penquistas de la época, propone una definición de los protagonistas de esta historia (56), para luego

enunciar características propias de este período poético: estrategias discursivas como el enmascaramiento, héroes derrotados, sujetos “perdidos y errantes” en mundos extraños, uso de la parodia y la ironía, resemantización de elementos, etc. Triviños destaca las variantes en la percepción del amor, la sexualidad y la violencia. El “amor” aparece como un elemento positivo, palabra de valor explosivo tanto como “justicia” o “libertad” (83-84).

Un largo epígrafe de William Blake introduce el cuarto artículo “Gonzalo Rojas: mariposas, caballos y dragones. Lo que es del fuego al fuego” (91-122). En él Alonso indica que la poesía de Rojas posee “una inmensa y plural referencialidad” –autores, personajes, lugares y culturas–, además de ser una poesía “de extrema vigilia” que surge desde tres vertientes privilegiadas: la luminosa, la erótico-amorosa y la del testigo. Destaca, también, el hecho de que en ella están presentes la búsqueda de Dios y los cuatro elementos que danzan alrededor de la vida y la muerte. Por ejemplo, el eje fuego-aire vinculado a una serie de animales y aves (león, leopardo, caballo, dragón, mariposa, entre otros), el eje fuego-tierra relacionado con lo erótico, etc.

Alonso propone a Rojas como un poeta prometeico que postula en su ejercicio poético “la dignidad, la muerte luminosa y la utopía del tiempo” (115).

Rodríguez, en su estudio titulado “Jaime Quezada: la poesía de la postergación” (123-145), sostiene que la poesía de Quezada se funda en el procedimiento de la “postergación o diferimiento”. El presente –entendido como el contacto, la relación erótica, la búsqueda, el canto– es siempre postergado y su diferimiento en el pasado funciona básicamente como un mecanismo que hace aparecer “lo otro”, lo reprimido o censurado (el deseo, la represión autoritaria versus la respuesta violenta, la pérdida de la inocencia, la mala relación familiar).

Rodríguez observa, sin embargo, una evolución del carácter negativo de esta poesía al ocurrir el encuentro de Quezada con Solentiname (comunidad trascendental organizada por Ernesto Cardenal). Esto permite el acceso del poeta a la “Presencia” (133) y la ampliación de su visión, logrando presentar “la figura del mundo en la dispersión de sus fragmentos” (134).

En la poesía de Quezada existe un paulatino proceso de desmitificación y desacralización: la “Presencia” no sólo se puede alcanzar en la utopía cristiana sino también en la historia; es decir, la esperanza y la resurrección es posible hallarlas en Solentiname y, también, en la realidad cotidiana de Chile y sus habitantes victimizados.

En el artículo “La poesía de Omar Lara: una dialéctica del escondrijo y la ventana” (147-170), Rodríguez analiza la poesía de Lara, identificando en ella una nueva isotopía: poeta / pájaro. De esta proposición deriva “un nuevo código de representaciones: la relación entre el principio celeste y el terreno” (152), entre el aire y la tierra.

En esta etapa de la poesía de Lara existe una relativización de los signos, una dialéctica constante entre lo externo y lo interno, el espacio abierto y la madriguera, que Lara resuelve inclinándose claramente a favor del último polo. A esto se suman la ironía, el escepticismo y la ausencia de trascendencia. Sin embargo, el horror de la tragedia histórica de 1973 hace que el poeta se apegue solidariamente a la colectividad, convocando la vida y el amor, la salida al aire libre, al exterior. Sus textos adquieren un

carácter amatorio (especialmente el libro *Fugar con juego*) que se resuelve en la figura femenina, síntesis de los principios opuestos.

En el último artículo del libro, titulado "Sobre la poesía de Floridor Pérez: un ejercicio de la arbitrariedad" (171-203), Alonso se aproxima, en primer lugar, a la figura de Pérez resumiendo lo que críticos/as y poetas han dicho de él. Luego, se refiere a la evolución de su poesía, clasificándola como "poesía lárca", poesía "en transición" y poesía ominosa. A continuación, propone el estudio de ciertas relaciones aún no privilegiadas: vínculo de la poesía de Pérez con el romancero, carácter dramático de ambas construcciones discursivas poéticas, el "prisionero" como protagonista, etc.

Destaca la oposición entre la figura sufriente del cautivo medieval y la alegre del contemporáneo. Aquello que da sentido a la existencia de este último es "el carácter festivo de lo material, la reivindicación de lo corporal, amatorio y digestivo, la fricción con los discursos oficiales, la unión de lo alto y lo bajo, de lo personal y lo público" (193).

El poeta, sumido en la "locura del amor" (196) defiende en su poesía el "triunfo del amor, de la vida y del cambio" (196).

Cuatro poetas chilenos es una obra que agrega a cada estudio una completa bibliografía sobre el tema o el autor tratado, transformándose en un importante texto de consulta. Es, además, un real aporte a los estudios críticos de lírica chilena contemporánea.

LA POLILLA DE LA GUERRA EN EL REINO DE CHILE

DE GILBERTO TRIVIÑOS

Santiago, Editorial La Noria, 1994.

BERTA LOPEZ MORALES

La conquista de Chile es un territorio de la historia que ha sido explorado, mayoritariamente, por los historiadores e historiógrafos con un enfoque propio de la disciplina y en la que, finalmente, cuentan los hechos desde la perspectiva de los que alcanzan el triunfo, el dominio y el poder. Es así que el libro de Triviños abre un camino de saber original, documentado y corrosivo en la visión epopéyica que circunda los orígenes de nuestra nacionalidad. Libro desmitificador que se nutre de las grietas de un conocimiento hegemónico no por el simple afán de erosionar, transgredir o escandalizar, sino para entender las figuras y contrafiguras que el acontecer histórico ha cincelado en los albores de la historia de nuestro país, preservándolas en los tipos humanos que deambulan fantasmagóricamente a lo largo de esta angosta geografía.